

Biblioteca

Dr. Mario
Alonso Puig



El guardián de la verdad

Y la tercera puerta del tiempo



¿Para qué has venido a este mundo?


ESPASA

Biblioteca

Dr. Mario
Alonso Puig

El guardián de la verdad

Y LA TERCERA PUERTA DEL TIEMPO

¿Para qué has venido a este mundo?

ÍNDICE

PRÓLOGO. UNA PROPUESTA DEL AUTOR PARA EXTRAER EL MAYOR BENEFICIO DE ESTA HISTORIA	15
--	----

PRIMERA PARTE DECIR SÍ A LA LLAMADA

1. LOS DESAFÍOS DE LA VIDA	25
2. DIOS Y HÉROES	33
3. EL TEMPLO DE APOLO	39
4. EL SECRETO DE LOS GRIEGOS	47
5. EL DESPERTAR DE UN CORAZÓN OPRIMIDO	55
6. LA LLAMADA	63
7. EL DIOS DE LA GUERRA	69
8. PSILOCIBINA	77
9. UNA CONVERSACIÓN INUSUAL	85

10. UN RAYO DE ESPERANZA	93
11. MOMENTOS ETERNOS	101

SEGUNDA PARTE CRUZAR EL UMBRAL

12. EL MUNDO ENTRE CUATRO PAREDES	113
13. UN GOBERNADOR JUSTO	125
14. LA PROFECÍA	135
15. LOS OJOS DE LA NOCHE	143
16. VIAJAR A TRAVÉS DEL TIEMPO	149
17. SERES DE LA OSCURIDAD	157
18. EL LENGUAJE DEL ALMA	163
19. UNA HISTORIA VIVA	169
20. EL ESPÍRITU ESPARTANO	175

TERCERA PARTE ENTRAR EN UN NUEVO MUNDO

21. EL SABOR DEL RETO	185
22. MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE	195

23. EN EL BOSQUE DE LAS NINFAS	205
24. UN VIL ENGAÑO	211
25. EL ENCUENTRO CON LAS NÁYADES	215
26. LA SILENTE EPIDEMIA	219
27. DONDE NACEN LOS HÉROES	229
28. EL RESCATE	237
29. ARTEMISA	249
30. EXPERIENCIAS DE MUERTE QUE LANZAN A LA VIDA	257
31. LAS DIMENSIONES DE UNA LOCURA	259
32. UN TEMPLO POR ENCIMA DE LAS NUBES	263
33. LA SEDUCCIÓN	271
34. LA COBARDÍA DE UN REY	279
35. APOLO, DIOS DE LA LUZ	285
36. LA EMBOSCADA	289
37. EL CASTIGO	295
38. ENCADENADOS EN EL ABISMO	299
39. EL CONTRAATAQUE	305

40. LA GUERRA	311
41. UNA BATALLA POR CIELO Y TIERRA	317
42. TIFÓN	325
43. EL VIAJE DEL ALMA	329

CUARTA PARTE RETORNAR A CASA

44. PODER VER LO INVISIBLE	337
45. EL MOMENTO DE LA VERDAD	343
46. SABER LIDERAR	355
47. LA SIEMBRA Y LAS BRISAS	365
AGRADECIMIENTOS	371
MEDITACIÓN DEL CORAZÓN	375

1

LOS DESAFÍOS DE LA VIDA

Pablo tiene dieciséis años. Mide un metro ochenta y es de complexión fuerte. Tiene el pelo oscuro y los ojos pardos. Su rostro es afable, aunque su mirada refleja una cierta tristeza. No podemos decir que se sienta muy popular. Apenas tiene un grupo de compañeros del colegio con los que hablar durante los recreos. Se ve solo y perdido en un mundo que le resulta complejo y extraño. Cuando ve a otros compañeros de su clase hacer planes para el fin de semana, piensa que eso no va con él. No es que no le apetezca también quedar con ellos, sino que como nadie se lo ofrece, tampoco Pablo se siente con el valor de pedirles que cuenten con él. En clase le cuesta entender lo que muchos de los profesores explican y le resulta especialmente frustrante cuando el señor Cuesta, su profesor de historia, le saca a la pizarra y parece que disfruta dejándole en ridículo ante sus compañeros. A veces consigue evadirse haciendo volar su imaginación y viéndose como el héroe de una gran aventura, una aventura en la que se siente fuerte, decidido, valiente y capaz. Hoy, cuando ha ido a casa, ha hojeado un periódico que había en la mesa del comedor. En una de las páginas hablaban del complejo de inferioridad. Pablo, por primera vez, ha puesto nombre a aquello que cree que tiene. Él se siente menos que

sus compañeros del colegio, menos interesante, menos inteligente, menos simpático, menos capaz. De todas maneras, para Pablo no hay nada que se pueda hacer, él nació así y es algo que tiene la certeza de que no se puede cambiar.

Por las tardes, dedica muchas horas al estudio, pero las materias ni le entusiasman ni le son fáciles de entender. Su mente no para de dar vueltas por mundos más interesantes y atractivos, pero que en nada contribuyen a que mejoren sus notas.

A quien más admira sin duda es a su compañero Andrés. No puede decirse que sean grandes amigos, pero Andrés lo tiene todo. Es el más inteligente de su clase, el que mejor juega al fútbol y encima es muy buena persona, no le extraña que sea tan querido y popular. Andrés dedica parte del tiempo de los recreos a ayudar a aquellos que van mal en matemáticas. Para Pablo esto es sorprendente, ya que es el único en su clase que lo hace. Además, da la sensación de que no lo considera una pesada carga, sino que lo hace con alegría e ilusión. En una ocasión, Andrés le había dicho algo que le había dado que pensar: «Pablo, no dejes pasar ninguna oportunidad de hacer el bien».

Sin embargo, en su clase también está Alberto, que disfruta burlándose de él y haciéndole sentirse torpe e incapaz. A Alberto le gusta dejar en ridículo a Pablo para que sus compañeros también se rían de él. Alberto es el cabecilla de un grupo de tres que no paran de meterse con él y molestarle. Cada vez que Pablo les ve, intenta esconderse donde puede o sale corriendo para no tener que someterse a sus burlas y provocaciones.

Pablo adora a Ana, su madre, y también a José, su abuelo. Los tres viven juntos desde que falleció su padre en un trágico accidente de tráfico. De aquello hace ya seis años, pero Pablo todavía lo recuerda con mucha tristeza. Fue una madrugada en la que primero sonó el teléfono y a continuación escuchó los gritos y el llanto de su madre. Pablo, sobresaltado, se levantó y

fue a su habitación para ver qué le pasaba. Su madre se limitó a abrazarle mientras no paraba de llorar. Entonces, limpiándose las lágrimas como pudo, le dijo:

—Hijo mío, ha ocurrido algo terrible, papá ha tenido un accidente y ahora... cuidará de nosotros desde el cielo. Pero no tengas miedo porque juntos saldremos adelante, yo te lo prometo. Ahora tengo que llamar al abuelo para que me acompañe a un sitio.

Media hora después llegaba José. Hasta que llegó su abuelo, el muchacho pasó la media hora más angustiada de su vida. José abrazó a su hija y a su nieto, luchando por contener las lágrimas y haciendo lo posible para mostrarse fuerte en un momento tan difícil. Después cogió a su nieto Pablo de la mano y le llevó a su cuarto donde le acostó con infinita ternura y le dio un beso en la frente, como cuando era más pequeño.

—Pablo, verás como los pájaros negros de la tristeza poco a poco se van y vuelve a aparecer el sol. Papá seguirá siempre viviendo en tu corazón y hablándote desde ahí.

Una buena amiga de Ana se quedaría con Pablo hasta que ella y su padre volvieran.

Días después, José, que era viudo y estaba jubilado, decidió trasladarse a vivir con su hija y con su nieto, por lo menos hasta que pasara un poco de tiempo y ellos hubieran superado su proceso de duelo, un proceso en el que también él se encontraba inmerso.

Desde aquellos días, la vida de Ana no había sido nada fácil. Echaba mucho de menos a su marido y todo le recordaba a él. Sentía un enorme vacío que ella sabía que iba a ser muy difícil de volver a llenar. Del dolor inicial que desgarró y de la ira hacia aquel conductor borracho que había chocado de frente contra el coche de su marido, Ana había pasado a tener un sentimiento de profunda soledad y tristeza. Solo la presencia de su padre y de su hijo le daba el ánimo necesario para seguir

luchando, aunque para ella la vida hubiera ya perdido una gran parte de su sentido.

Ana había estudiado ingeniería informática y trabajaba en una empresa del sector de las telecomunicaciones. Formaba parte de un equipo que estaba dedicado al desarrollo de una nueva aplicación para los teléfonos inteligentes. Su trabajo le gustaba, aunque la atmósfera que se respiraba en el equipo era de todo menos saludable. En su equipo había una competitividad depredadora y muchos intentaban progresar a base de poner zancadillas. Aquella competitividad tan negativa estaba facilitada por la cultura de su empresa, una cultura que se enfocaba exclusivamente en obtener resultados económicos y que ignoraba por completo a las personas. Lo fundamental era llegar, el cómo se llegara era algo que no importaba.

Ana se sentía como un número, como un simple engranaje dentro de una enorme maquinaria destinada a producir más y más. Esa cultura tan nefasta hacía que no existiera confianza ni entre ellos ni con los otros departamentos de la empresa, lo cual dificultaba mucho que pudieran sacar adelante la aplicación informática en la que trabajaban. Su jefe, Marcos García, estaba mucho más interesado en brillar él que en iluminar a los miembros de su equipo. En su mente liderar era solo una cosa: mandar. Además, siempre se atribuía el mérito de todos los éxitos que el equipo lograba y ninguna responsabilidad sobre los fracasos que a veces tenían. Todos en el equipo habían sido testigos de lo duro que había sido ante los errores de los otros y cómo había permanecido ciego ante los suyos propios. Nadie le quería y todos le temían. Desde luego que no parece nada fácil poder querer a quien se teme.

En una ocasión, uno de los compañeros de Ana, Manuel, le plantó cara a Marcos por la manera en la que este les había abandonado en un momento crítico. Ellos le pidieron ayuda y Marcos

solo dio la callada por respuesta. Tuviera o no relación con aquello, Manuel fue despedido un mes después. La razón que le dieron desde el departamento de recursos humanos fue que, al parecer, no estaba demostrando ni dedicación ni compromiso con la tarea y con el equipo. Marcos ni siquiera se dignó a hablar con Manuel a pesar de que él específicamente lo solicitó.

Todos sabían que aquello había sido una falacia, Manuel había sido siempre un claro ejemplo de energía, esfuerzo y compañerismo, incluso aunque a veces en el equipo algunos no se lo reconocieran.

Algo que a Ana le llamó mucho la atención cuando se despidió de Manuel fue ver lo sereno que estaba.

—Mira, Ana —le dijo Manuel—, yo no me quiero ir de aquí con ira y no lo quiero hacer, entre otras cosas, porque la ira es un veneno que te tomas tú creyendo que daña a otro.

Cada vez que Ana volvía a su casa procuraba olvidar los sinsabores del día. Aquello no era nada fácil, pero se obligaba a ello, aunque solo fuera por su padre y por su hijo. Ni Pablo ni José tenían por qué sufrir las consecuencias de la gran frustración que ella experimentaba. Por eso, en los momentos más difíciles, cuando ella regresaba a casa llena de ansiedad y de amargura, mantenía a raya su frustración y su mal humor, recordando un cartel que había visto en una ocasión. Aquel cartel le hacía ver lo que ella nunca tenía que hacer. En él había una imagen fotográfica en la que aparecía un lápiz roto y debajo se podía leer la siguiente frase:

NO VIERTAS TU MAL HUMOR Y TU FRUSTRACIÓN
EN LA OFICINA, PARA ESO ESTÁ TU FAMILIA.

Su familia no era el lugar ni para llevarles «las sobras del día» ni para ofrecerles lo peor de sí misma. Su padre y su hijo la necesitaban tanto como Ana les necesitaba a ellos.

José, a sus setenta y cinco años, sabía el momento tan difícil por el que su hija pasaba. Aunque como médico estaba ya jubilado, había trabajado como cardiólogo en varios hospitales de distintos países. Era un hombre muy sensible ante el ser humano enfermo, y había visto con sorpresa el trato tan distinto que recibían unos enfermos y otros. Había algunos médicos compañeros suyos que trataban a los pacientes con extraordinario respeto, afecto y cercanía. Sin embargo, había otros que les trataban simplemente como casos clínicos interesantes, se mostraban distantes y además utilizaban una jerga incomprensible para los enfermos y sus familiares.

Ahora que estaba jubilado, José añoraba mucho su profesión y, aunque seguía leyendo libros de medicina, todo aquel saber le resultaba cada vez más lejano. Se sentía mayor y, al igual que a su hija, le acompañaba una sensación de soledad que se asociaba con una cierta falta de sentido, de un saber hacia dónde tenía que orientar los pasos en aquella nueva etapa de su vida. José ayudaba mucho a Pablo con sus estudios, sobre todo en la asignatura de ciencias. También pasaba largos ratos hablando con Ana, porque, para ella, sentirse escuchada y comprendida era realmente importante. A veces le costaba mucho que su hija expresara su verdadero sentir, pero al cabo de un tiempo, Ana siempre acababa contándole lo que turbaba su corazón. José la escuchaba con verdadero interés y sin apartar nunca sus ojos de ella, quería que su hija se diera cuenta de que en ese momento, para él, Ana era todo su mundo y que no quería estar en ningún otro sitio más que junto a ella. Aquello sin duda favorecía que su hija se sintiera cómoda, segura y sobre todo no enjuiciada.

Tres seres humanos, cada uno viviendo en su propio mundo y haciendo todo lo que creen que pueden para ser un poco más felices y para hacer también un poco más felices a sus seres más queridos. Todos experimentando esa «montaña rusa», ese drama existencial que es la vida, con sus subidas y sus bajadas. Son nuestros tres héroes cotidianos, ellos todavía no lo saben, pero están llamados a hacer grandes cosas. Ellos descubrirán que hay que saber soportar la estupidez humana sin dejarse enredar en ella. También se darán cuenta de que lo personal también es universal y de que los seres humanos participamos en el acto sagrado de nuestra propia creación. Comprenderán que, muchas veces, primero uno ha de ser destruido para luego poder ser reconstruido. Tres héroes cotidianos que aprenderán una importante lección: que una sola elección puede definirnos, que una sola elección puede destruirnos y que una sola elección también puede transformarnos.

Volvamos pues a nuestra historia y a los primeros personajes que aparecen en ella. Tenemos a un joven llamado Pablo, nuestro primer héroe, alguien que se enfrenta a unos miedos, a una desconfianza y a una sensación de inseguridad que considera insuperables. Por ese motivo tiende a aislarse frente a un mundo que percibe como extraño, peligroso y complejo.

También tenemos a nuestra primera heroína, Ana, una mujer joven, de tan solo cuarenta y tres años, viuda a temprana edad y con la responsabilidad de sacar adelante a un hijo. Una mujer atrapada en un «mundo de tiburones» en el cual parece que no hay más opción que comer o ser comido. Por eso, porque Ana cree que no hay nada más triste que una vida sin opciones, ella lucha como sabe y como puede para poder expresar una alegría que no siente y para intentar olvidar la frustración y la ansiedad que con tanta frecuencia la acompañan.

No nos podemos olvidar del segundo héroe de nuestra historia, de José, un hombre en la plenitud de su madurez y que siente la necesidad de encontrar un nuevo sentido que le haga renovar su entusiasmo por la vida. Más adelante conoceremos a Isabel, la segunda heroína de nuestra historia.

Por eso, estimado lector o lectora, te animo a que nos acompañes en este viaje y a que te sientas parte de este relato. Tú eres también un héroe o una heroína cotidianos enfrentándote a tus propios retos, y por eso también estás llamado, estás llamada, no a hacer un pacto con la mediocridad, sino con la grandeza.

Si decides venir con nosotros, aprenderás a conocerte mejor, a comprenderte más y a superarte hasta un nivel que ahora tal vez no te parezca posible.

Durante nuestra aventura, los protagonistas de esta historia actuarán como espejos y de alguna manera te verás reflejado, te verás reflejada parcialmente en todos ellos. Eso ayudará a que te des cuenta de la importancia que tiene desaprender muchas cosas y aprender otras nuevas. Es así como podemos emprender un nuevo y apasionante rumbo en nuestras vidas.